

de 1864. Un hombre desconocido en el mundo científico, remitió á otros muchos, muy distinguidos, suplicándoles que estamparan su firma al pié, una declaracion en la cual se expresaba que no es posible, en manera alguna, la contradiccion entre las revelaciones de la naturaleza y las de la Sagrada Escritura. ¡Cosa apenas creíble! Mas de doscientos sábios, entre los cuales se contaban verdaderas eminencias, firmaron espontáneamente dicha declaracion; y si rehusaron hacer lo propio Jhon Herschell y algunos otros, fué con la declaracion expresa de que admitian y suscribian sin restriccion alguna toda la tésis de la declaracion; añadiendo que no lo afirmaban, temerosos de que en su adhesion, se viera una sombra de protestas contra colegas suyos de verdadero mérito. Esas doscientas firmas recogidas en un solo país, por un sólo hombre, sin autoridad alguna, y en condiciones tan poco favorables, demuestran que la ciencia podria vivir en muy buena inteligencia con la fé, con tal que los sábios no crearan obstáculos á ello; mas la separan para reinar, en tanto que como obrasen impulsados por el deseo de conciliar, podrian conducir á buen término la aproximacion más honrosa para ambos partidos y la más útil para la paz de las inteligencias.

CAPITULO VI.

ENUMERACION DE LAS CIENCIAS CUYO

CULTIVO EXCLUSIVO PREDISPONE Á LA INCREDULIDAD,

Dejamos señaladas las tendencias que, bajo un punto de vista general, relativamente á la religion, distinguen y caracterizan el movimiento científico contemporáneo. ¿Cuáles son las ciencias más fecundas en objeciones é influencias antireligiosas? La contestacion á esta pregunta va contenida en el presente capítulo.

¿Como se explica que el espectáculo de la naturaleza, del cual dijo el gran Buffon que «es el trono exterior de la divina magnificencia» pue-

da llegar á pervertir determinadas inteligencias? En otra parte hemos dado cuenta de esta anomalía. El comercio asiduo con la naturaleza es peligroso, porque á veces se superpone en los espíritus que lo ejercitan, al culto debido á Dios. En tanto se le considera como mero efecto, provoca las adoraciones de la humanidad; pero en el momento en que se impone como causa á la lijereza ó á la indiferencia de la razon, conviértese en motivo indirecto de torpes blasfemias. De aquí una negacion inmensa que resume todas las conclusiones anticristianas de la ciencia contemporánea, y que se formula en los siguientes términos por demás conocidos: "nada existe superior á la naturaleza ni fuera de ella," que constituyen el primer error en que deberemos ocuparnos, y que podria ser definido la objeccion del naturalismo científico. El naturalismo filosófico, que dejamos ya juzgado (1), rechaza todo efecto superior á la naturaleza en el mundo creado, ó sea la revelacion: el naturalismo científico niega toda causa distinta de la naturaleza y por tanto el dógma de la creacion.

Descendiendo de la causa primera á sus obras

1 T. I., cap. 6. Realidad de lo sobrenatural.

y á la cosmología particular, es decir, á cuanto concierne á la ciencia del mundo, nos encontramos metidos dentro de un vasto campo de batalla en el cual la incredulidad convierte en armas todas las obras de Dios, para esgrimir las en contra de la divinidad.

Vemos en primer lugar el estudio del universo, aplicado especialmente al génesis del globo, que abarca la forma exterior de la tierra, la naturaleza de sus materiales, y la manera como se hallan dispuestos: y esta ciencia ha producido contra la fé la objeccion de los geólogos.

Viene despues el estudio del universo, aplicado á todos los mundos que no son el nuestro, es decir, al espacio sideral, y esta ciencia que trata de los astros, de su número, de sus movimientos, de su historia, ha inspirado otra serie de oposiciones á los dógmas religiosos: la de los astrónomos.

En cuanto la ciencia se ha dado cuenta de la formacion de la materia inorgánica, apoderándose de su atencion los fenómenos del reino orgánico, y despues de haberse preguntado la manera cómo nacieron los mundos, hállase conducida á examinar el modo como nació la vida en el seno de dichos mundos. A esta pregunta la verdad religiosa contesta: no hay más que un

modo de generacion, y esta, directa ó indirectamente procede de Dios; mas la incredulidad responde por su parte: existe una generacion intcesante y espontánea, resultante de la energía latente y ciega de la creacion: y de aquí la objecion sacada de la biología ó de la heterogenia materialista.

Despues de haber determinado el nacimiento de la materia y el de la vida, resta averiguar el orden como la vida se ha producido en la tierra. Los restos de plantas y animales fósiles que yacen bajo el suelo actual, ¿hállanse superpuestos en un orden conforme á la cosmogonía mosaica, ó son restos de muchos mundos antiguos, completamente independientes de la obra de los seis dias? Las dudas suscitadas por los numerosos problemas del periodo ante histórico constituyen la objecion deducida de la paleontología.

Cuando la ciencia que trata del mundo ha logrado establecer sus bases, preséntase al espíritu la que se refiere al hombre, que fué llamado por los Padres de la Iglesia un mundo grande dentro de otro pequeño. La antropología no es menos fecunda en misterios que la cosmología. En primer lugar: ¿Es cierto que la humanidad sea resultado del perfeccionamiento de alguna especie inferior, no de una creacion espe-

cial, y que por consiguiente sea el mono, ó uno de sus colaterales, el verdadero padre del género humano? De aquí la objecion de la antropología transformista.

Suponiendo que el hombre haya sido objeto de una creacion distinta y privilegiada, ¿es cierto que haya sido constituido en un estado anatómico, intelectual y moral capaz de diferenciarle esencialmente del reino animal? De aquí la objecion de la antropología materialista.

¿Es cierto que la humanidad entera proceda de una sola pareja primitiva, ó bien ha brotado al par en diferentes puntos de la superficie terrestre y se divide en muchas familias que no están enlazadas por vínculo alguno de parentesco? De aquí la objecion de la antropología poli-genista.

Finalmente, ¿es cierto que los restos humanos ó los fragmentos de la industria humana hallados en las cavernas, los depósitos de huesos y las capas sedimentarias del mundo primitivo, hacen remontar el nacimiento del hombre á una antigüedad incompatible con los cómputos bíblicos? De aquí la objecion de la antropología prehistórica.

Cuando la Religion ha contestado á todas las cuestiones de la antropología física, propónelo

las suyas la antropología moral: no basta con fijar las condiciones y la época en que nació el hombre; es preciso averiguar cuál es su naturaleza; si el principio que anima su cuerpo es un resultado, como manifestación de las propiedades de la materia, ó bien es una substancia distinta, que por su presencia imprime movimiento á los órganos y regula sus funciones. Los filósofos espiritualistas sostienen la afirmativa, los positivistas y orgánicistas la negativa. De aquí la objeción deducida de la fisiología cerebral.

Esclarecidos el origen y la constitución del mundo, y el origen y la constitución del hombre, y justificadas en consecuencia las tradiciones cristianas sobre su punto fundamental, ábrese á las miradas de la ciencia un nuevo manantial de objeciones; me refiero al hombre considerado no aisladamente sino en aglomeraciones sociales. Por esto el primer orden de conocimientos á que acuden los sabios especialistas para proveerse de armas contra nosotros, es la cosmología; el segundo la antropología; el tercero la etnología ó la etnografía es decir, la ciencia que trata de las costumbres, de los usos y de las emigraciones de los pueblos primitivos.

Acaso podría simplificarse más esta división

general, diciendo que de todas las objeciones que se nos oponen, las unas son producto de la historia natural, las otras provienen de la historia de las naciones. Sea lo que se quiera del orden teórico á que se dé preferencia, buscaremos por medio de esta clasificación si la etnología desmiente realmente á la religión, con lo cual se ofrecerá á nuestra consideración una nueva serie de cuestiones que resolver.

¡El mundo histórico ó postdiluviano, data de la época indicada en nuestros libros sagrados, ó debe creerse lo que consignán los anales memoriales de la China, de la India y del Egipto. La solución de este problema contiene la respuesta á las objeciones de los cronologistas.

¡Puede deducirse del estudio comparado de las lenguas que dimanen de un tronco común, y que por consiguiente la unidad de la familia en el arca de Noé la confusión de Babel y la dispersión subsiguiente acentúen perfectamente establecidas? Esta tesis responde á las dudas de los filólogos.

Finalmente la literatura y los monumentos sagrados y profanos del Oriente, que fué nuestra cuna, confirman de una manera incontestable las tradiciones bíblicas sobre el pasado de la humanidad. Utilísimo por demás es demos-

trarlo, para responder á las alegaciones de los arqueólogos hostiles y principalmente á los que viven designados bajo el nombre de orientalistas.

¡Qué inmenso campo acabamos de diseñar! No tenemos en manera alguna la pretension de examinarlo detenidamente: bastará á nuestro propósito con recorrerlo, para demostrar que la religion encuentra do quiera en él pruebas fehacientes que la fortalecen, ó por lo ménos que en ninguna parte halla certezas que la contradigan. Cierito que á veces aparecen problemas al parecer opuestos á sus enseñanzas; pero en rigor no son más que apariencias inexplicadas y de ningún modo realidades inexplicables: lleve á cabo la ciencia una nueva revolucion, y como la tierra, girando sobre sí misma, siempre encontrará al sol.

De donde resulta, vuelvo á decir, que el hombre duda, no porque sea sabio, sino á pesar de serlo, y la prueba la tenemos en que muchas veces deja de dudar en cuanto ha aumentado su saber. ¡Cuántas verdades hay derribadas en nombre de la ciencia del siglo precedente, han sido restablecidas por la ciencia mejor informada del siglo actual! Hay pues distraccion ó falta de experiencia en achacar á la ciencia la incredulidad

de quien la cultiva: este es hombre y en este concepto capaz de cuantos errores puede producir la influencia de la pasion, de las flaquezas del espíritu, y de los estudios demasiado exclusivos; y como su saber le proporciona argumentos en apoyo de sus negaciones, se cree que el saber es la verdadera causa, cuando en realidad no es más que el pretexto.

Cuando se considera la série innumerable de asertos históricos, dogmáticos y morales de que se ha hecho responsable á la religion, y al propio tiempo se fija la atencion en que el género humano hace largos años trabaja en balde en cojerla en un renuncio, no cabe más recurso que convenir en que ha de valer mucho una autoridad que no obstante los medios contra ella empleados, no ha podido ser jamás confundida. Se niega á Dios á consecuencia de ciertas veleidades científicas que no le son favorables; ¿por qué no mirar con más desconfianza, ó con ménos confianza ciertas novedades que carecen de pruebas, que á Dios, que tan patentes no las tiene dadas de su omnipotencia?

«Muchas veces han straido vuestras miradas y es objeto de vuestra admiracion, dice un apo-

logista célebre, esas exquisitas pinturas que cubren los techos de las habitaciones de los Borghia en el Vaticano; y en las cuales se hallan representadas las ciencias enseñando separadamente: cada una de ellas esta sentada en un trono, con los rasgos y el continente de la más noble y más singular belleza, pareciendo reivindicar el homenaje de todos aquellos cuyas miradas atrae. Júzguese pues, cual habria sido la concepcion del pintor y hasta qué punto se habria elevado su sublimidad de expresion, si hubiese tratado de representar la más noble de todas, nuestra religion divina, sentada sobre un trono, para recibir el homenaje y las adoraciones de todas las demás que son súbditas suyas (1)."

Tal es la idea cuyo ensayo nos proponemos bosquejar. Sólo lamentamos que la obra sea desproporcionada á nuestras fuerzas de obrero; pero, acaso, esta debilidad al propio tiempo que nuestra desventaja nos proporcionará nuevos medios; puesto que Dios concede un especial apoyo á los defensores de su verdad, que no

1 Cardenal Wisemann. Relaciones entre la ciencia y la religion, Conclusion.

tienen motivos suficientes para contar consigo mismos. Empiezo pues diciendo con S. Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum.*